

IX

Juliana volvió á casa de Luisa por consejo de la tía Victoria.

—El pájaro se escapó, hijita. Siéntelo, porque la propina hubiera sido buena, pero, ¡quién podía adivinar que se fuese el señorito! Ya puedes llorarlo, porque de ella no sacarás ni esto...

Lo que debía hacer positivamente, era volver á la casa. Porque, ¿qué quedaba de todo aquello? El miedo de doña Luisa: eso era lo que la daba sustos y de lo que debía sacar partido.

—Te vuelves allá —decía la tía Victoria— y esperas á que cumpla lo ofrecido. Si te da el dinero, bueno; si no te lo da, estás dentro y puedes ir apañando lo que caiga.

Juliana dudaba.

—No te diré nada; así pues, tú verás lo que haces.

—Pero temo....

—¿Qué?—exclamó la tía Victoria.—Ella no es capaz de envenenarte; quien no se aventura, no pasa á mar. Hazlo si quieres, y sino, arréglate por otro lado y deja las cartas en el fondo del baúl. ¡Qué diablo! Tú vas á ver, y si no te conviene, te largas.

Juliana resolvió ir á ver...

Luego conoció que aquella tía Victoria tenía á veces razón.

Luisa parecía resignada. Soportaba á Juliana pensando que era cuestión de días y no la decía palabra. Lo que tenía que hacer era pagarla y fuera... Mientras no pudiera hacerlo así, aguantar y callar... Cuando Sebastián volviera...

Entre tanto, evitaba verla; nunca la llamaba. Durante el día se encerraba en su cuarto, leyendo, co-siendo, pensando en Jorge, y hasta en Basilio con odio, deseando la vuelta de Sebastián y preparando su historia.

Juliana la encontró un día en el corredor, llevando á su cuarto el jarro lleno de agua.

—Pero señora, ¿por qué no llamó usted?—dijo escandalizada.

—No tengo que hacer...—exclamó Luisa.

Juliana la siguió al cuarto y cerrando la puerta, dijo:

—Señora, esto no puede seguir así. Parece que tiene usted miedo de verme la cara. Yo he vuelto para hacer mi servicio como antes. Yo, naturalmente espero que la señora cumpla lo ofrecido, porque yo no le doy las cartas sin tener seguro el pan de mi vejez. Lo que pasó fué un pronto y ya pedí perdón... Ahora quiero hacer mi obligación. Si la señora no quiere—dijo secamente—me iré y será tal vez peor para todos...

—Pero...—dijo Luisa muy turbada.

—No, señora—dijo seriamente Juliana,—la criada soy yo...

Y marchó altanera.

Tanta audacia aterró á Luisa. ¡Aquella ladrona era, pues, capaz de todo!

Para no irritarla empezó en adelante á llamarla.



Traiga usted esto, traiga usted lo otro, pero sin atreverse á mirarla frente á frente.

Mas Juliana fué tan callada y servicial, que poco á poco Luisa con su carácter mudable, lleno de *dejar hacer* principió á perder el sentimiento vivo de aquella dificultad, y al cabo de tres semanas *todo estaba en caja*, como murmuraba Juliana.

Luisa la llamaba ya á su cuarto y hasta llegaron á tener principios de conversaci3n: "¡Qué calor hace!...", "Tarda la lavandera," y así por el estilo. Juliana aun arriesgó esta frase íntima:

—He encontrado á la criada de la señorita Leopoldina.

—¿Está aún en Oporto?—preguntó Luisa.

—Aun tardará un mes lo menos, señorita.

Luisa después de tanta agitaci3n se abandonaba al placer de aquel descanso y así pasaban los días.

Una tarde, ya á fines de Septiembre, estaba Luisa en la ventana del comedor. Pensaba en Basilio, en el *Paraiso*... cuando sintió los pasos de Juliana.

—¿Qué hay?

La criada cerró la puerta y se acercó:

—Entonces... ¿no ha resuelto nada la señora?

—Aun no he podido arreglar nada...

Juliana miró al suelo un momento.

—Bien—murmuró al fin.

Luisa la oyó decir en el pasillo:

—¡Cuando regrese el amo ajustaremos cuentas!

¡Cuando volviera Jorge! En seguida se conturbó su espíritu. ¡Debía hacer algo antes de que llegase! Precisamente había escrito Jorge que no tardaría y que la *avisaría por telégrafo*. Deseó que el ministro le ordenara hacer un viaje largo por España ó Africa y que alguna catástrofe, sin hacerle daño... le retuviera meses...

Su terror irreflexivo la hizo perder la clara idea de su marido: imaginaba *otro Jorge* sanguinario y vengativo, olvidando su carácter bueno, tan poco dado á lo melodramático. Un día fué al despacho, tomó la caja de las pistolas, la guardó en un baul y escondió la llave!..

Una idea la sostenía; y era la de que apenas Sebastián volviese de Almada se salvaría y á pesar de aquella agonía de todos los momentos, casi recelaba saber que había vuelto; tanto le parecía mayor agonía confesar la verdad. Entonces le ocurrió escribir á Basilio. Encontraba una razón y más de una para escribir á *aquel infame*. Fué su amante, sabía lo de las cartas, era su único pariente... Así no tendría que *decírselo* á Sebastián. Pensaba que el no haber aceptado dinero de Basilio era una fanfarronada es-



túpida y le escribió una carta, larga, algo confusa, en la que le pedía seis cientos mil reis. Fué ella misma á llevarla al correo, sobrecargándola de sellos.

Aquella tarde fué á verla Sebastián que había regresado ya de Almada. Le recibió con alegría, feliz, "por no tener que decirselo..." Habló de la vuelta de Jorge y hasta aludió al primo Basilio y "á la poca vergüenza de la vecindad..."

—Es lo primero que contaré á Jorge—dijo.

Ya se consideraba salvada. Todos los días seguía la carta en su viaje á Francia. Llegaba á Madrid, luego á Bayona, á París por fin. Un cartero corría á entregarla á la rue de Saint-Florentin. Basilio la abría temblando, llenaba un sobre de billetes de Banco, muchos, los cubría de besos y luego el sobre que llevaba su salvación y su descanso, empezaba á correr hacia abajo, á Navarra por Francia, soplando como un mónstruo y apresurándose como un propio.

El día que debía llegar la respuesta se levantó temprano, agitada, con el oído atento, esperando la llegada del cartero. Veíase despidiendo á Juliana y llorando de alegría. Pero á las diez y media empezó á ponerse nerviosa y á las once llamó á Juana para que fuese á ver si había pasado el cartero.

—Sí, señora, ya pasó.

—¡Canalla!—murmuró pensando en Basilio.

Tal vez no hubiera contestado en el mismo día. Esperó desconsolada y sin fe... ¡Nada! Ni á la mañana siguiente, ni á las otras... ¡Infame!

Se le ocurrió la idea de la lotería porque vivía en perpétua esperanza. Cuando salió compró unos billetes y á pesar de no ser beata ni supersticiosa, los puso bajo la peana de un San Vicente de Paul que había en su alcoba sobre la cómoda. "No se perdía nada... Los miraba todos los días y sumaba los guarismos á ver si daban *nueve, cero al final ó un ní-*

*mero par*, que es de buen augurio. ¡Aquel diario contacto con la imagen del santo la llevaba á pensar en la protección inesperada del cielo, y prometió cincuenta misas si aquellos billetes salían premiados!

Pero no salieron, y entonces desesperó del todo.

A veces, de pronto, tenía accesos de miedo. Decidíase á *confiarse* á Sebastián. Pensaba luego que sería mejor escribirle, pero no hallaba palabras, no conseguía urdir una historia racional; se acobardaba y recaía en su inercia, pensando: «mañana... mañana...»

Lo que más la atormentaba era la tranquilidad de Juliana, limpiando, cantando, sirviéndola de comer con su delantal blanco. ¿Qué intenciones tenía? ¿Qué tramaba? La asaltaba una ola de rabia; si fuera fuerte y valiente, se tiraría sobre ella, la cogería del cuello y la arrancaría las cartas. Pero, desgraciadamente, era débil.

Una de aquellas mañanas entró Juliana en su cuarto con el vestido de seda negro en el brazo. Lo extendió sobre el confidente y enseñó a Luisa, junto al último volante, un rasgón que parecía hecho con un cuchillo; venía a saber si quería la señora mandarlo a la modista.

Se acordó Luisa de que lo había rasgado una mañana en el *Paraiso*, bailando con Basilio.

—Esto es fácil de arreglar—decía Juliana pasando suavemente la mano sobre la seda, acariciándola.

Luisa dudaba.

—Casi... casi... Ya no está nuevo... Guarde usted ese vestido para usted.

Juliana se estremeció y exclamó gozosa:

—¡Oh, señora! Lo agradezco, es un buen regalo... Lo agradezco mucho, señora... realmente... Y se le turbaba la voz.



Marchó con el vestido á la cocina. Luisa la siguió paso á paso y la oyó decir excitada:

—¡Vaya un regalol! De lo mejor que hay. Está nuevo y es de seda buena...

Hacia arrastrar la cola por el suelo, oyendo el delicioso *fru-fru*. Siempre lo había deseado y ya lo tenía, *su* vestido de seda.

—¡La señora es un ángel, señora Juana! ¡Un ángel!

Luisa volvió á su cuarto alborozada. Estaba salvada. Todo consistía en regalarla, en hartarla. Comenzó á pensar qué más podía darla, poco á poco: el vestido granate, ropa blanca, una pulsera...



A los dos días—era domingo—recibió telegrama de Jorge: "Salgo mañana de Carregado. Llegaré por el tren de Oporto á las seis". ¡Qué susto! ¡Al fin volvía!

La voz de Juliana en el corredor la estremeció. ¿Qué haría? Que la dejase al menos gozar los primeros días de la vuelta de Jorge. Tuvo un momento valeroso y la llamó.

Juliana con el vestido de seda nuevo, entró contentándose.

—¿Quería usted algo, señora?

—Mañana viene el señor...—dijo Luisa.

Y se detuvo; su corazón latía con fuerza.

—¡Ah!—dijo Juliana.—Está bien, señora.

Y se iba á marchar.

—¡Juliana!—dijo Luisa con insegura voz.

La otra se volvió sorprendida y Luisa con ademán suplicante continuó:

—Que en estos primeros días.. Yo procuraré aquello, pierda cuidado.

Juliana la interrumpió:

—¡Ah, señora! Por mí no habrá disgustos; yo sólo quiero un pedazo de pan para mi vejez. De mi boca no saldrá nada. Sólo digo á la señora que si me puede ir ayudando..

—¡Vaya! Eso sí, cuanto usted quiera...

—Pues esté usted segura de que mi boca...—y se la cerró con los dedos.

¡Qué alegría! Tendría Luisa unos días, unas semanas sin tormentos, con su Jorge. Se entregó á la deliciosa impaciencia de verle y hasta creyó que le quería más... Luego pensaría; daría á Juliana otras cosas; podría preparar á Sebastián... Casi se sintió feliz.

Por la tarde entró Juliana y dijo muy risueña:

—Juana ha salido, le tocaba: pero también tenía yo precisión de salir... Si á la señora no le cuesta quedarse sola...

—No; me quedaré. Váyase usted, sí.

A poco sintió su taconeo en el corredor y el ruido de la cancela que se cerraba.

Tuvo una idea deslumbradora como el *sig-sag* de un relámpago: ¡ir al cuarto de Juliana, registrar el baúl y robarle las cartas á su vez!

La vió desaparecer por la esquina de la calle y subió despacio, escuchando, con el corazón turbado.



La puerta del cuarto de Juliana estaba abierta; por la ventana entraba una luz triste y en el suelo, contra la pared, estaba el baúl. Pero la pícara había cerrado. Bajó Luisa corriendo por su llavero y comenzó á probar las llaves temblando. ¡Si hallase sus cartas! La cerradura cedió de pronto con seco estallido. Abrió la tapa; allí estarían acaso... Fué sacando con cuidado el contenido y colocándolo ordenadamente sobre la cama... Entre dos camisas halló un paquete de cartas atadas con un hilo... ¡Ninguna era de ella ni de Basilio! Era letra de aldea ininteligible y amarilla. ¡Qué ira! Se quedó mirando al baúl, vacío ya, de pie con los brazos tristemente caídos...

La sombra de un gato que bordeaba suavemente por los tejados, la asustó. Volvió á colocar todo en su sitio, cerró el baúl é iba á salir, cuando recordó que debía buscar en el cajón de la mesa y debajo de la almohada... ¡Nada! Impacientóse: no quería irse sin haber perdido toda esperanza: sacudió la ropa de la cama, la paja del jergón; tentó los ladrillos; ¡nada tampoco!

Sonó la campanilla y bajó corriendo. ¡Qué sorpresa! Era doña Felicidad.

—¿Eres tú? ¡Cómo estás! Entra...

Estaba mejor, según contó por el pasillo. Había salido la víspera de la Encarnación; aun la dolía el pie; pero gracias á Dios había salido. A ella era su primera visita.

Obscurecía y Luisa encendió las bujías.

—¿Cómo me encuentras?—preguntó doña Felicidad poniéndose delante de Luisa.

—Un poco más pálida.

¡Ay! Había sufrido mucho. Se levantó la falda y enseñó á Luisa el pie, calzado con zapato ancho, que la obligó á tocar. Un consuelo tenía: que había

ido medio Lisboa á verla, gracias á Dios. Sí, todo Lisboa; lo mejor de Lisboa...

—Y tú no pareciste por allí esta semana.

—No pude ir, hija; Jorge llega mañana.

—¡Ah tunantuela! ¡Bueno estará ese corazoncito!...

Y murmuró algo al oído, que las hizo reír mucho.

—Pues yo—continuó doña Felicidad sentándose,—te he arreglado hoy la tertulia. Encontré esta mañana al Consejero y me dijo que vendría; lo vi en los Mártires. Mira que fué suerte; el primer día que he salido. Un poco más adelante encontré a Julián, y también me prometió venir.

Y agregó con desfallecida voz:

—¿Sabes que tomaría un poquito de dulce?



Luisa fué la que abrió la puerta al Consejero y Julián, que se habían encontrado en la escalera, diciéndoles con sonrisa plácida:

—¡Hoy soy yo la portera!

Doña Felicidad, en la sala, disfrazando la turbación que la producía el espectáculo de la persona del amado Acacio, empezó a censurarla por dejar salir a las dos criadas en el mismo día.

—¿Y si te diera alguna cosa, hija?

Luisa sonrió y dijo que no era propensa a lesmayos.

La hallaban abatida, y el Consejero preguntó con interés:

—¿Sufre usted aún de los dientes, doña Luisa?

—¿De los dientes? ¡Es la primera vez que tal oigo!—exclamó doña Felicidad.

Julián declaró que nunca había visto dentadura tan perfecta.

El Consejero recitó:

*En labios de coral las perlas finas*

Y añadió:

—La última vez que tuve la honra de ver á doña Luisa, la dolió tan repentinamente un diente que tuvo que ir á escape á casa de Vitry á que se lo empastasen.

Luisa enrojeció. Por fortuna sonó la campanilla y fué á abrir, pues debía ser Juana.

—Habíamos dado un paseo delicioso—continuó el Consejero—cuando doña Luisa palideció y parece que el dolor era tan vivo que se precipitó por la escalera del dentista como loca...

A propósito de dolores, doña Felicidad que estaba ansiosa por conmover al Consejero, contó la historia de su pie.

—¡Ay! ¡Sufrí mucho!—suspiró con la vista fija en el Consejero para provocar una palabra de simpatía.

Acacio dijo entonces con autoridad:

—Es siempre grave bajar una escalera sin buscar el apoyo del pasamanos.

—Pues pude haber muerto—dijo volviéndose á Julián—¿no es cierto?

—En este mundo se muere por cualquier cosa—dijo Julián apoltronado en una butaca y fumando.—El mismo estuvo aquella tarde expuesto á ser atropellado por un carruaje; destinaba el domingo para echar una cana al aire, y daba un gran paseo por las afueras... Hace más de un mes que vivo en mi cubil, como un beneditino en la librería de su convento—añadió riendo y tirando la ceniza del cigarro sobre la alfombra.

El Consejero quiso saber la tesis de su discurso, de fijo que sería de gran actualidad. Apenas Julián le dijo que sobre fisiología, Acacio observó con voz profunda: